

GALERIA DE LOS REPRESENTANTES DE LA NACION.

1869.



L. Rivera Pelag.

Antonio Gonzalez

D. VENANCIO GONZALEZ.

DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIONES.

Diputado por la circunscripción de Ocaña (Toledo).

Nació en Lillo (Toledo) el 16 de Mayo de 1831.

LA FIGURA DE VENANCIO GONZÁLEZ, NATURAL DE LILLO

JOSÉ LUIS ISABEL SÁNCHEZ
Numerario

Lillo y Toledo comparten el nombre de una de sus calles, la de Venancio González, recta y extensa en el primero y más reducida y complicada en el segundo, ya que es solamente una de las tres partes de una vía que arranca en la puerta de Bisagra y sube hasta llegar a Zocodover.

Si desde la toledana puerta de Bisagra iniciamos la subida hacia la Plaza de Zocodover han de recorrerse tres calles diferentes. Se comienza por la llamada Real del Arrabal, a la que sigue la de Venancio González, para terminar con la de las Armas, resultando bastante complicado saber dónde comienza una y continúa la siguiente.

El nombre de Venancio González fue dado por el Ayuntamiento en 1898, cuando Toledo quiso honrar a este destacado político del siglo XIX, abogado de profesión, nacido en Lillo en 1831. Diputado por Toledo desde muy joven, pues solo contaba 32 años cuando fue elegido, llegaría a ser, bajo la presidencia de Sagasta, ministro de Gobernación en tres legislaturas y de Hacienda en una, desempeñando también los cargos de presidente del Consejo de Estado y director general de Correos y Telégrafos, y terminando su carrera política como senador vitalicio.

Durante el tiempo que Venancio González se dedicó a la política es de suponer que tuviese numerosas ocasiones de interceder

por sus paisanos. Vamos a hablar de una de ellas, que tuvo lugar entre 1881 y 1893, durante sus etapas como ministro.

A mediados del siglo XIX Toledo había apostado por revitalizar la maltrecha economía de la ciudad atrayendo centros militares de formación, aprovechando la existencia de edificios para albergarlos y la relación que había tenido con uno de estos centros de enseñanza. Al comienzo de la Guerra de la Independencia se había formado en la ciudad un Batallón Universitario para luchar contra el invasor, que fue llevado a Sevilla y posteriormente a Cádiz, donde dio origen a una Academia de oficiales, que tomó en 1824 el nombre de Colegio General Militar, instalado en el Alcázar de Segovia hasta que tuvo que abandonarlo para trasladarse a Madrid cuando los carlistas invadieron esta ciudad en 1836.

Este colegio fue llevado en 1846 desde Madrid a Toledo, tras realizar el ayuntamiento numerosas ofertas de edificios para alojarlo, entre ellos el Alcázar, en ruinas desde la Guerra de la Independencia. En la Ciudad Imperial comenzó residiendo en el hospital de Santa Cruz, a la espera de la reconstrucción del Alcázar, que no llegó a conocer, pues fue cerrado en 1850 y sustituido por el Colegio de Infantería, que desapareció en 1869, con el consiguiente disgusto de Toledo, a quien de nada habían servido los esfuerzos económicos realizados para habilitar y mantener los edificios en los que residieron ambos centros militares.

Pero Toledo siguió insistiendo ante el Gobierno, y la situación creada en 1869 con el cierre del Colegio de Infantería se vio enseguida compensada con la llegada de la Escuela de Tiro desde el Real Sitio de El Pardo (Madrid) y la creación del Colegio de Huérfanos de la Infantería, en 1872.

Antes, en 1867, habían sido inauguradas las obras de restauración del Alcázar, presupuestadas en tres millones de reales, de los que una mitad debería ser sufragada por el Ministerio de la Guerra y otra por la Diputación y el municipio.

Para alojar la Escuela de Tiro se hizo preciso rehabilitar los edificios del hospital de San Lázaro y el convento de la Trinidad,

próximos al Hospital de Tavera, realizar la explanación de un campo de tiro para probar los fusiles -conocido como el Polígono de Tiro, aprovechado posteriormente por la Escuela de Gimnasia para campos de deportes- y construir una casa y cuatro casetas en el mencionado Polígono, cuyas obras se elevaron a cerca de 400.000 reales.

El mencionado Colegio de Huérfanos ocupó el hospital de Santa Cruz, abandonado por el Colegio de Infantería, y la inmediata Casa o Fonda de Caridad, en las que se tuvieron que hacer diversas obras de acondicionamiento por importe de 2.500 pesetas. La inversión realizada por la ciudad resultaría rentable, pues el colegio llegaría a contar con más de 2.000 alumnos.

La creación en 1874 de la Academia de Infantería en Madrid y su traslado a Toledo al año siguiente supuso un gran alivio para los toledanos, pero también un motivo de preocupación, al serle requerida a esta ciudad la cantidad de 160.000 pesetas para poder poner fin a las obras de restauración del Alcázar. Cuatro años después se le pedirían otras 200.000 pesetas.

La necesidad de fondos obligó al municipio a vender bonos del tesoro, a contraer empréstitos y a realizar otras operaciones para las que se requería la aprobación del Ministerio de la Gobernación, al que tuvo que recurrir sin contar entonces con la ayuda de Venancio González, que tras haber sido diputado entre 1869 y 1872 no volvería a serlo hasta 1876. Aumentó la tribulación al conseguirse una cantidad inferior a las necesidades que se tenían, lo que haría que en ocasiones se viese Toledo imposibilitada de satisfacer las cantidades a las que se había comprometido

Nuevo quebradero de cabeza en 1879, al necesitarse que el Polígono de Tiro, que tenía 600 metros de longitud, se ampliase hasta los 1.200, lo que suponía una inversión de más de medio millón de pesetas. Toledo tuvo que recurrir en esta ocasión al diputado Venancio González para obtener permiso del Gobierno para la venta de parte de las dehesas que poseía en los Montes de Toledo y así poder reintegrar un empréstito de un millón y medio de pesetas.

Un dato curioso. Aprovechando que en 1881 Venancio González había sido nombrado ministro de la Gobernación, en el mes de junio se consiguió por su mediación que el Ministerio de la Guerra concediese permiso a los cadetes para participar en la procesión del Corpus. Es esta la primera noticia oficial de la intervención de la Academia de Infantería en la citada procesión.

Sigamos. Cuando la situación parecía controlada, el anuncio de la creación de la Academia General Militar, de mayor importancia que la de Infantería, sumió a Toledo en la duda. ¿Qué hacer? ¿Cambiar una por otra? A pesar de las importantes obras que había que acometer, Toledo solicitó la Academia General al Ministerio de la Guerra.

Antes de que llegase la General, la ciudad se llevó un gran disgusto, pues en 1882 se decidió el traslado del Colegio de Huérfanos a Aranjuez ante la imposibilidad de realizar en el hospital de Santa Cruz las obras que eran necesarias para evitar su ruina. En 1886 el colegio abandonaría la Ciudad Imperial.

Las preocupaciones del Ayuntamiento fueron en aumento, pues la Academia General había exigido la restauración de diversos edificios que rodeaban el Alcázar: el convento de Capuchinos, la Casa de Caridad y el hospital de Santiago de los Caballeros, así como la edificación de un Picadero para montar a caballo, un comedor y una cocina fuera del Alcázar.

De nuevo Toledo tuvo que acudir a la intercesión de Venancio González al declararse nulo el intento de venta de una finca de propiedad municipal por 350.000 pesetas. A esta subasta siguieron las de tres dehesas más, con lo que se consiguió atender a los requerimientos de fondos para las obras. La falta de dinero llegó a obligar al director de la Academia a distribuir de otra forma las diferentes dependencias de la misma y así reducir la cantidad que debía satisfacer el Ayuntamiento.

Cuando ya las obras iban concluyendo y con ello las preocupaciones de la ciudad, el 9 de enero de 1887 se produjo un incendio en el Alcázar, no quedando en pie más que los muros y la ga-

lería de columnas. Toledo temió que el siniestro obligase al traslado de la Academia a otra población, por lo que recurrió una vez más a Venancio González, que acababa de cumplir su mandato como ministro de la Gobernación y que al año siguiente sería nombrado ministro de Hacienda. El resultado no pudo ser mejor, pues el Gobierno decidió que la reconstrucción del Alcázar se hiciese por cuenta del Estado.

El 14 de enero el Ayuntamiento de Toledo presentó al pleno la siguiente proposición:

«Los que suscriben, haciéndose intérpretes del sentimiento unánime de gratitud que en estos momentos conmueve el corazón de todos los toledanos, proponen que por aclamación se nombre hijo adoptivo de Toledo al Excmo. Sr. D. Venancio González, y que a la vez se manifieste a los diferentes hombres públicos que en Madrid y en Toledo han coadyuvado a las gestiones practicadas por el Sr. González, para la continuación en esta ciudad de la Academia General Militar y reedificación del gran Alcázar, que esta capital no olvidará jamás los beneficios que ha conseguido».

La propuesta fue aceptada por unanimidad, acordándose también que se hiciese una medalla conmemorativa que recordase la fecha de la adopción de aquel toledano que tanto había hecho por su tierra.

No sería ésta la última intervención de Venancio González en pro de Toledo, ya que al llegar a oídos de la ciudad que el Ministerio de la Guerra pensaba instalar tres academias preparatorias para el ingreso en la Academia General, recurrió a él para que consiguiese que una de ellas fuese a Toledo.

Todavía tuvo ocasión Venancio González de prestar su ayuda a Toledo una vez más. Con ocasión de haberse enterado la ciudad del mal estado del edificio que ocupaba el Colegio de Huérfanos, instalado en Aranjuez, solicitó en 1896 que retornase a la ciudad, ofreciendo la construcción de un edificio en las inmediaciones del cuartel de San Lázaro y a reparar éste. Para ello era preciso que el Ministerio de la Guerra cediese a Toledo dicho cuartel y para conseguirlo se recurrió a Venancio González, que logró la cesión.

Para terminar de honrar al político lillense, en 1898 el Ayuntamiento de Toledo decidió darle su nombre, a título póstumo, pues había fallecido el año anterior, a la calle que iba desde la plaza de Zocodover a la entrada al paseo del Miradero. Como los vecinos siguieron utilizando el nombre de calle de las Armas, en 1916 se decidió dividirla, quedando con este nombre la parte desde Zocodover a la cuesta de Recoletos, y manteniéndose el de Venancio González entre ésta y la calle de Núñez de Arce. Es curioso que mucho antes que tuvieran lugar estos hechos, en 1853 el Colegio de Infantería hubiese cooperado en las obras de mejora de dicha calle, cediendo el carro de que disponía para poder trasladar los escombros extraídos del Alcázar con destino a la cimentación de la calle, pagando un real de plus diario a los veinticinco presidiarios que trabajaban en ellas y contribuyendo con los 150.000 reales que le debía el Ayuntamiento por la exención de impuestos sobre los víveres pasados a través de las puertas de la ciudad para alimentar a los cadetes.

Cuando en 1864 se reformó esta calle ensanchándola y retranqueando un gran número de fachadas, se cree que fue posible debido a la sugerencia que Venancio González hizo a Obras Públicas siendo diputado.

Y estos son los motivos por los que Toledo se debe sentir agradecida a este político que tanto hizo por ella. Eso es todo. Muchas gracias.